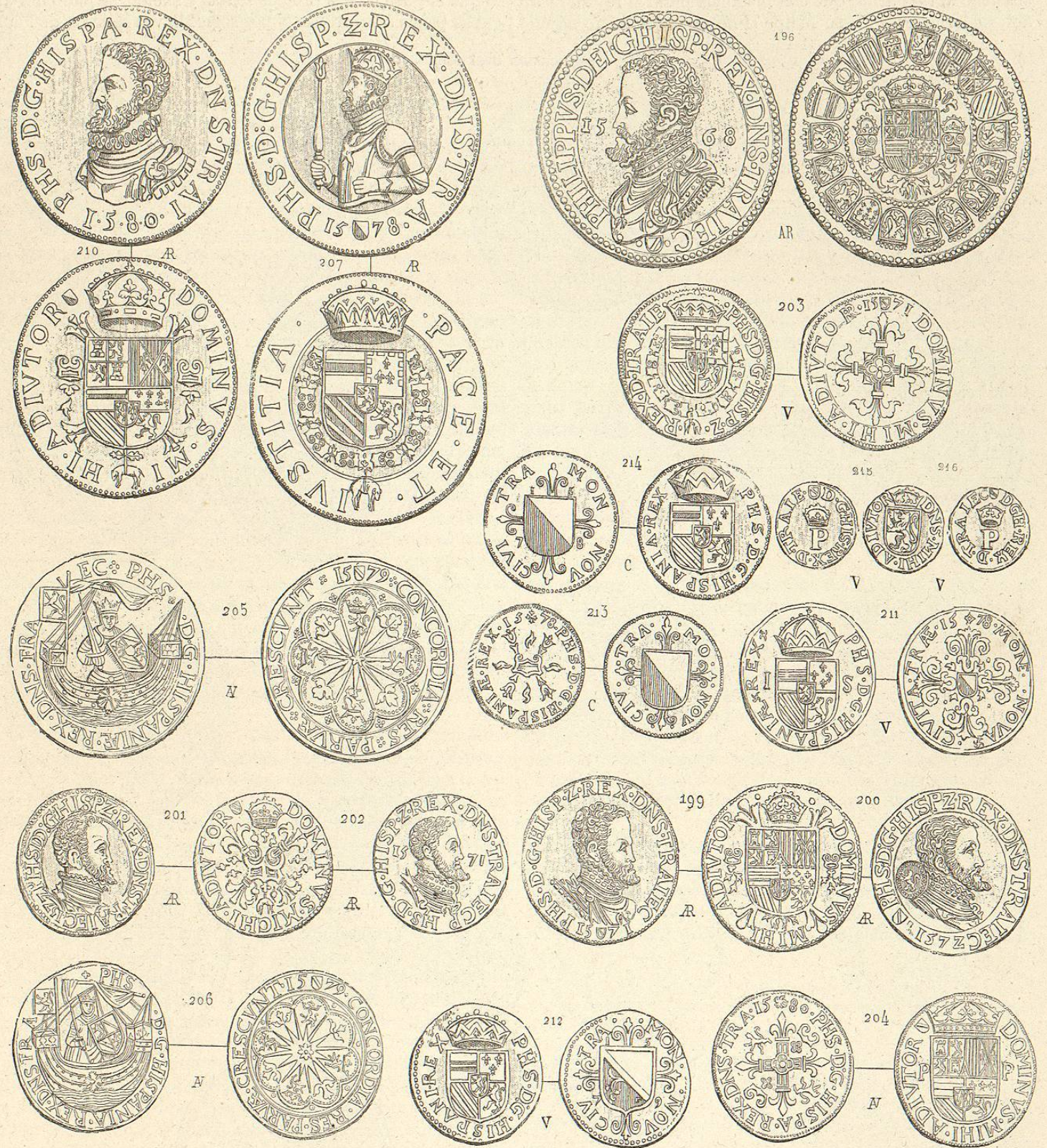


SEÑORÍO DE UTRECH

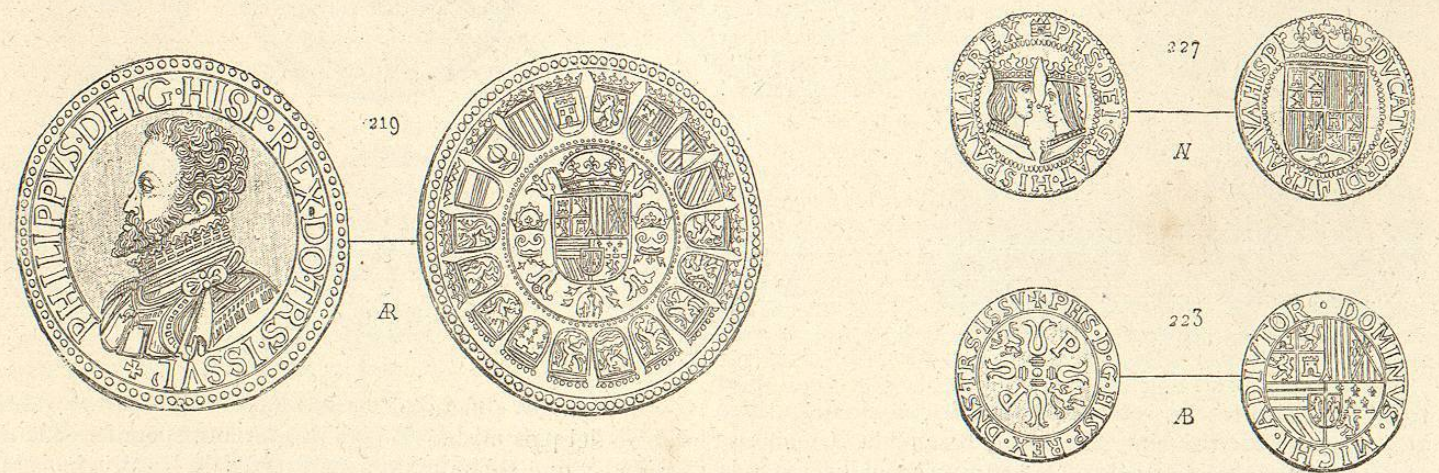


FELIPE II

SEÑORÍO DE UTRECH



SEÑORÍO DE OVERISSEL

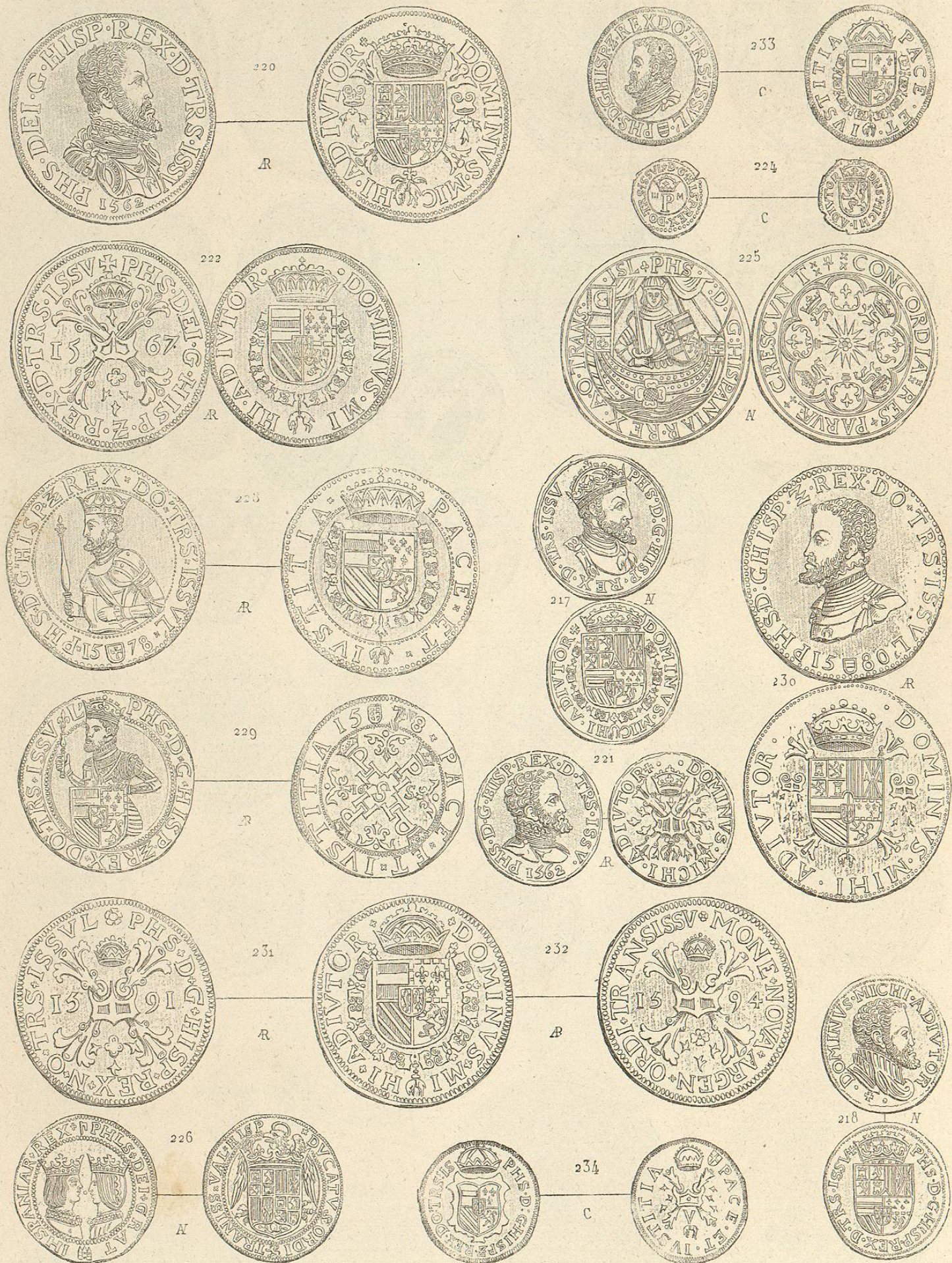


FELIPE II

dó ahorrar. Tantos fueron los disgustos que esta situación ocasionó al de Parma, que con instancia pidió al rey su retiro del gobierno, cosa á que Felipe II no quiso de modo alguno

acceder. Al fin con algun dinero que llegó de España, y con lo que él puso de sus propias rentas y sueldo, se pudo dar algunas pagas á las tropas, y por segunda vez salieron de Flan-

SEÑORÍO DE OVERISSEL



FELIPE II

des á Milan los tercios veteranos españoles, no sin despedirse con lágrimas del príncipe Alejandro, besándole la mano de rodillas y llevando al cuello su retrato en medallas como la joya para ellos de mas precio.

No menores dificultades tuvo que vencer para levantar dentro del país mismo un ejército que correspondiera á la necesidad y que sobrepujara á las fuerzas de las provincias rebeldes, bien que tambien estas habian quedado harto flacas, y

entre sí muy divididas desde que se marcharon los auxiliares extranjeros. Así es que la guerra continuaba flojamente, y sin cesar de combatir no se daba accion decisiva, ni venia nadie, esperando cada parcialidad que vinieran mejores tiempos, reduciéndose todo entre tanto á disturbios y á tomarse alternativamente plazas y fortalezas que solian volver á recobrase pronto, y á defecciones frecuentes de uno y otro campo, como acontece comunmente en tiempos revueltos.

Ya no sabia Felipe II, ó al menos parécelo así, qué expediente tomar para domar la envejecida rebelion de los Países Bajos, y por consejo del cardenal Granvela y de Juan Idiaquez, presidente del consejo de Flandes, se resolvió á encomendar otra vez el gobierno de aquellos Estados á su hermana Margarita, duquesa de Parma y madre de Alejandro, muy querida de los flamencos por los gratos recuerdos que conservaban de su antiguo gobierno. Pero hizolo dividiendo la autoridad entre la madre y el hijo, dejando á aquella el gobierno de lo civil y á este el de las armas, como quien buscaba la suma de la perfeccion uniendo al talento y prudencia de una mujer el valor y la energia de un hombre, y esperando que no podria haber rivalidad ni discordia entre una madre y un hijo que tanto se amaban. Complació Margarita á su hermano, á pesar de su edad y de las fatigas y sinsabores que antes habian quebrantado su espíritu, y recibíronla los flamencos con el aplauso y regocijo de quienes por muchos años habian experimentado su prudencia y la dulzura de su carácter (1580).

Mas pronto surgieron dificultades de donde menos se habia creido que nacieran. El amor de hijo no fué bastante para que el duque Farnesio dejara de sentirse de aquella disminucion de autoridad, y escribió á Granvela, de quien sabia haber sido el consejo, quejándose de que cuando las circunstancias exigian que la autoridad se concentrara y robusteciera, se la debilitara con aquella particion de gobierno, y le rogaba intercediera con el rey para que le desembarazara del cuidado de Flandes.

Por su parte Margarita, en vista de lo turbados y revueltos que encontró los Países, rehusaba tomar sobre sí el gobierno, ó instaba á su hijo á que no dejara el cargo hasta saber la respuesta del rey. Como Felipe insistiera en su determinacion, Margarita se allanaba ya á ejercer la parte de mando que se la encomendaba, con tal que su hijo no se desprendiera de la suya. Pero Alejandro se mantenía inflexible, considerando aquella distribucion de poderes como dañosa á las provincias, y perjudicial á los intereses del rey por los conflictos á que daria lugar, y como ofensiva al crédito de su nombre y al prestigio de su persona. «¿Qué he hecho yo hasta ahora, le decia en una larga carta á Granvela, para no haber merecido aumento en vez de disminucion en la gracia del rey?» Recordaba sus hechos, y añadía: «Después de todas estas cosas, ¿se podrá tolerar con resignacion que se haga de ellas la misma cuenta que si hubiera dado motivos de disgusto al príncipe?» Y concluía encareciendo interpusiese su mediacion, para que, ó se le volviese su autoridad, ó se le permitiera venir á España, ó servir como simple soldado á su madre. Tampoco estimó demasiado este escrito ni atendió á esta demanda Felipe II. ¿Habria, como algun autor sospecha, en aquella resolucion y en estas negativas de Felipe algo de intencion y propósito de no permitir un excesivo engrandecimiento á su sobrino Farnesio, como habia procurado impedirle en su hermano el de Austria? Sin que nos parezca inverosímil, no nos atreveríamos á afirmarlo.

Lo cierto es que cundiendo entre los walones el rumor de que Alejandro los dejaba, se alarmaron los nobles y caudillos, en términos que públicamente y sin rebozo decian que si así se abandonaban las provincias, dejarían las banderas del rey, y cada cual miraría por sí. Obligó esto á Margarita á suplicar al rey que no hiciera innovacion en el gobierno de Flandes, mientras Alejandro le instaba y apretaba mas por su partida. Ocupado en Portugal entonces Felipe II, hostigado con tantos mensajes y ruegos, creyó que no podia sin exponerse á graves riesgos insistir mas, y restituyó al duque de Farnesio, su doble cargo de gobernador y capitán general, enviándole nuevos despachos, expresando en ellos la circunstancia honrosa de que lo hacia á petición de las provincias, y diciéndole parti-

cularmente de su puño, «que estaba satisfecho de él, y que solo le advertía lo que otras veces le habia ya encargado, que en adelante fuera mas cauto de su vida y no expusiera tanto su persona, no haciendo oficios de soldado y contentándose con las artes de general.» Aunque mirando por el decoro de la princesa Margarita la rogaba que permaneciera en Flandes para que fuese como un tribunal de clemencia al que pudieran acudir los arrepentidos, la prudente duquesa, viendo que allí todos apelaban á las armas y nadie á la piedad, no descanzó hasta que logró permiso para volverse otra vez á Italia.

Y no era en verdad ni muy agradable ni muy seguro residir entonces en Flandes. Además de la guerra, los disturbios, las defecciones, los levantamientos, los manejos tenebrosos del de Orange, que no habia ciudad, villa ni aldea de las que obedecian al rey á que no alcanzase algun hilo de su trama, pudiendo decirse que el de Parma vivía sobre un volcan, atentábase tambien á su vida por medios alevosos, como se habia atentado á la de don Juan de Austria, que todo cabía en la política de aquel tiempo entre hombres que se hacían guerra de religion. Por fortuna Alejandro Farnesio, como don Juan de Austria, avisado de la traicion, acertó á apoderarse del jefe de los conjurados, que lo era el señor de Hez, el cual confesando su delito, fué degollado de órden del rey dentro de la fortaleza de Quesnoy, lo mismo que se habia hecho con Recliff, el que intentó asesinar á don Juan de Austria. Desgraciadamente estos reprobados y abominables medios no les empleaban solo los orangistas y herejes contra los gobernadores de España. Ambos campos corroía la gangrena de la inmoralidad, y á su vez corría los mismos peligros el de Orange. En otro capítulo hablamos del proyecto que hubo de asesinar al príncipe flamenco. Ahora se trataba de acabarle por medio de un filtro; y aunque creemos que ni el monarca español ni el duque de Parma participarían, ni tal vez tendrían conocimiento de esta iniquidad, los autores y los ejecutores del crimen lo comunicaban con el embajador de España en Inglaterra, y este, si no lo apadrinaba, tampoco lo impedia. La conciencia del hombre honrado se subleva contra tan improbos manejos, de cualquier nacion y de cualquier creencia que fuesen los que los usaban (1).

Al tiempo que pasaban estas cosas, verificábase en Flandes una gran novedad, que dió un nuevo aspecto á aquella revolucion. El de Orange, viendo que no marchaban prósperamente para él los sucesos, y temiendo que el rey don Felipe, una vez hecho dueño de Portugal, cargaría con todo su poder en

(1) De la manera como se tenia tramado y fué descubierto el plan de asesinar al de Parma, da circunstanciadas noticias el jesuita Estrada en el lib. IV de la Década II.

Del proyecto de envenenar al de Orange nos informa una carta que tenemos á la vista del embajador español en Londres don Bernardino de Mendoza al secretario Gabriel de Zayas. Da cuenta en ella de cómo se le habia presentado un saboyano, que era el que lo habia de ejecutar, con carta de un mercader español de Calés llamado Baltasar de Burgos; dice haberle respondido que un rey tan poderoso y tan cristiano como el de España no necesitaba de tales artes para acabar con los herejes sus enemigos; mas no parece haber desechado el Mendoza el pensamiento cuando añade: «Y concluyendo con él, partí un real español y de columnas en tres partes, dándole las dos, que serian contraseña de que yo no le podia negar el haberme significado lo que queria hacer; con que se fué, pidiéndome que por lo que podia suceder escribiese al príncipe de Parma, que si un hombre que tenia dos piezas de un real partido le enviase á pedir por aquellas señas un hombre fiado, y se viniese á favorecer dél, le entretuviese hasta que yo pudiese conocer por las señas que daria, si era el mismo que me habia hablado.»

Hasta dónde habia llegado en aquel tiempo el refinamiento del arte de envenenar lo manifiesta el párrafo siguiente de la misma carta: «El tósigo (dice) con que pensaba acaballe me dijo que era cierta cosa que habia en Paris, con lo cual poniéndose en la gorra ó sombrero, viene á secarse el cerebro, de manera que acaba á un hombre en diez dias, y si es cresciente la luna mucho mas presto, y que aunque les abran no hay señal ninguna. Que con esto sabia bien haberse despachado algunos en Francia; y de lo que he tratado con él no puedo pensar que fuese su designio engañarme, sino que otros lo han de hacer, y quiere ganar por la mano... Asegúreme que el de Orange habia atosigado á Bossu, por entender que se queria declarar con los de Artoes, etc.» Archivo de Simancas, Estado, leg. 832.